

XV. Problemas en la prognosis del terrorismo*

Sebastian Scheerer^{3R}

1. Prognosis

Si bien las prognosis¹ son frecuentemente erróneas, son sin embargo inevitables. Desde el 11 de septiembre de 2001 se concede al pronóstico de actividades terroristas más importancia que antes. “*Where the United States Went Wrong in Failing to Predict the 9/11 Attacks?*” (¿Dónde se equivocaron los Estados Unidos al fallar en la predicción de los ataques del 11 de septiembre?)² es una pregunta retrospectiva que tiene por finalidad mejoras para el futuro. La cuestión de los métodos y errores en las prognosis se encuentra, por tanto, claramente a la orden del día. Su necesidad parece tan evidente que en ningún momento se cuestiona si en ocasión

* Texto publicado originalmente en Rivera, I. *et al.* (coord.): *Contornos y pliegues del Derecho. Homenaje a Roberto Bergalli*, Anthropos, Madrid, 2005. Traducción del alemán por María Laura Böhm.

^{3R} Para Roberto Bergalli, al buen espíritu (no sólo) de mis primeros pasos en Barcelona, él siempre simpático, peleador y en un *impeccabile outfit* (ché!), mi humilde persona casi siempre regocijada por el buen *cava* en la Barceloneta.

¹ El concepto prognosis es problemático por su referencia gnóstico-esotérica. En adelante va a ser utilizado en cambio como sinónimo del concepto predicción (*prediction*), es decir, en el sentido de *inference regarding a future event, or the process involved in making the inference* (Encyclopedia Britannica, 15th edition, vol. VIII: 187).

² Bruce HOFFMAN, Rethinking Terrorism and Counterterrorism Since 9/11, en: *Studies in Conflict & Terrorism*, 24: 303-316, 2002.

de los ataques terroristas se trató realmente de un error de prognosis, o si no fueron otras y muy distintas las cosas que faltaron³.

Pero antes que nada es importante tratar algunos aspectos generales sobre las prognosis. Predicción no es igual a predicción. Las hay intuitivas, lógico-matemáticas, empíricas y aquellas que se refieren puntualmente a procesos o acontecimientos por lo que se asemejan a profecías, y las otras, que se dan por satisfechas con probabilidades. Interesante es que en la actualidad gozan nuevamente de gran popularidad las prognosis intuitivas y para-científicas, o sea más bien astrológicas. Claro que en la realidad de los decisores estatales y sociales no gozan de buena reputación, y sin embargo también allí está el horóscopo escondido en el cajón, mientras que sobre el escritorio se encuentran los voluminosos pronósticos sobre el curso del tipo de cambio y el desarrollo económico. La seguridad de acierto de estos últimos es sin embargo considerablemente menor, porque presentan declaraciones mucho más minuciosas sobre el futuro que se espera y pueden así resultar falseados mucho antes. De todos modos existen también otras causas de error, tanto accidentales como esenciales.

Las fuentes de error accidentales se refieren a circunstancias que, por ejemplo en el caso de déficits de datos o conceptualizaciones, en principio son superables. De todos modos el motivo fundamental para la mayoría de las decepciones que se viven en los pronósticos reside en el simple hecho de que a los hombres nunca les está dado “conocer” el futuro. El futuro no se deja ver fácilmente en las cartas. Nada menos que al famoso Niels Bohr, conocido por sus propias prognosis (físico-atómicas), se le atribuye la presentación de este problema fundamental de las declaraciones “predictivas”: “*Prediction is difficult, especially about the future.*” (“La predicción es difícil, especialmente sobre el futuro”)

El empirismo orientado a la prognosis depende del relevamiento de datos respecto de dos o más fechas o momentos, y ello para poder construir sólo la forma más modesta de una hipótesis de tendencia. Y en este caso es entonces de suponer que, o bien las regularidades y condiciones básicas continuarán actuando y presentes como hasta la fecha –y por tanto el rumbo del proceso permanece lineal; o hay motivos para aceptar que la interrelación de efectos o las condiciones básicas se modifican: entonces se podría pronosticar con base en conocimientos adicionales, cuándo y en qué forma e intensidad y con qué consecuencias el rumbo del proceso va a variar (modificación de tendencia).

³ Cfr. Sebastian SCHEERER, *Die Zukunft des Terrorismus. Drei Szenarien*, Lüneburg: zu Klampen, 2002, p. 66 ss.

Las causas de error que resultan obvias en tales contextos son: deficiencia en los datos sobre el pasado o el presente recabados mediante observación, y falta de diagnóstico sobre las tendencias; deficiente explicación teórica del proceso en el pasado y falta de diagnóstico sobre las variables y/o condiciones básicas decisivas. Estrictamente hablando *deficiencia* no es lo mismo que *error*: quien tiene que manejarse con bases de datos insatisfactorias, solo puede formular un pronóstico muy precavido y aun así dicha prognosis quedará sujeta a gran cantidad de reservas. Los verdaderos errores son cometidos cuando por una mal entendida ambición investigativa, la inseguridad de la base de datos es negada, desplazada o encubierta y el investigador afirma a pesar de ello la robustez del pronóstico, que en rigor de verdad debería ser definido como una muy precaria especulación.

De todas formas se hace bien en utilizar una suerte de *check-list* para pensar en los posibles factores que pueden conducir a insuficiencia o error en torno a:

- la relevancia y/o exactitud de la información sobre el pasado;
- la duración del período de observación y del período de prognosis;
- el grado y la forma en los cuales las reglas del pasado pueden ser utilizadas también en el futuro;
- la calidad de la teoría con la que se explican las observaciones del pasado.

Cada uno de estos puntos puede ser fuente de complejísimas inseguridades acerca de la fuerza declarativa de una prognosis. Una noción como por ejemplo la de “calidad de una teoría” es así “essentially contested”, es decir, forzosa e inevitablemente controvertida⁴. Dado, sin embargo, que desde Thomas S. Kuhn se da por hecho que la aceptación de una teoría se rige por criterios distintos a los puramente objetivos, es por tanto lógico que al momento de la valoración de una teoría se presuma y analice también la existencia de fuentes de error.

2. Causas de error en la prognosis del terrorismo

En cierta medida puede ser el propio fenómeno, objeto de la prognosis, el que provoca que determinadas causas de error se acumulen o que cuanto menos aparezcan con más probabilidad que la normal. En este sentido puede darse en

⁴ William B. GALLIE: *Essentially Contested Concepts*, en: Proceedings of the Aristotelian Society 56 (1955/56), pp. 167-198.

definitiva un caso de retroalimentación, ya que el objeto del pronóstico afecta la calidad de su propia prognosis⁵.

¿Qué objetos de estudio son firmes candidatos para la categoría de los “Temas de prognosis con graves causas de error”? En abstracto se puede decir que todos aquellos en los cuales el contexto del proceso de comprensión está fuertemente determinado por intereses no científicos, es decir, por intenciones y planificaciones políticas y económicas o ideológicas. La elaboración científica de pronósticos tampoco encuentra su mejor terreno allí donde las emociones juegan un papel importante.

No es ningún secreto que el “terrorismo” como objeto de estudio pertenece a esta última categoría. Sin embargo queda aún por saber qué es concretamente lo que hace que su prognosis se muestre tan propensa a errores, cómo se deja reconocer la problemática en los casos particulares, si es posible hacer declaraciones más acertadas sobre las particularidades propias de las causas de error que son de esperar en este caso y, de ser posible, eventualmente obtener de ello algún antídoto. Aquí entonces algunas ideas para ello:

A) Pérdida de distancia

El terrorismo se diferencia de otros objetos de prognosis como por ejemplo del clima o de procesos económicos o demográficos –aún cuando todos ellos poseen elementos de catástrofe–, por la particular inmediatez, opacidad, dimensión y el marcado dramatismo de la amenaza que desde el 11 de septiembre de 2001 se asimila al fenómeno. De allí en adelante no solo los gobiernos de los Estados

⁵ En definitiva se basa esta problemática en el doble carácter de la ciencia: Por una parte ciencia como sistema de ideas (“ciencia como sistema comprensivo”) y por otra como sistema de personas de carne y hueso con necesidades, errores y debilidades (“ciencia como sistema social”); así como del hecho irrevocable –muy enojoso para el sistema comprensivo– de que ambos sistemas no existen independientemente uno del otro sino que, no obstante sus diferentes lógicas de funcionamiento, se encuentran estrechamente interrelacionados. De esto se sigue que el sistema comprensivo también puede ser formado y deformado por influencias externas a su propio ámbito. Un ejemplo de ello se presenta cuando los científicos en forma consciente o inconsciente dirigen su faro cognitivo (Karl Popper) de tal forma, que en la cuestión de selección e interpretación de datos pero también en la elaboración conceptual y en la decisión sobre modelos teóricos y enfoques explicativos privilegian aquellas variantes que ellos (y/o quienes los han contratado) encuentran más deseables (fuente de error “social desirability” (deseabilidad social)). En casos extremos son imaginables los objetos de pronóstico científico y las condiciones básicas de la producción científica que (por ejemplo en un estado totalitario o durante estados de excepción o de campaña políticos) bajo la influencia de fuerzas de presión y tracción en dirección a resultados socialmente deseados (v.gr. formales según el modelo desarrollado por Elisabeth Noelle-Neumann del “espiral de silencio”) mutan y adquieren otra calidad. En estos casos se requiere incluso coraje cívico (*Zivilcourage*) para la observancia y prosecución de los originales estándares científicos, que podrían ser percibidos –por una masa homogeneizada– como provocación.

Unidos y del así llamado mundo occidental, sino también entidades y alianzas como la OTAN, el Grupo de los 7, o en realidad de los 8, ANSEA, OEA y muchas otras resaltan que la principal amenaza a la seguridad y la libertad proviene de las redes del terrorismo internacional (*Al Qaeda*) así como de su cooperación real o potencial con *failed states* y/o *rogues states*. También en el discurso científico ha pasado a ser más valorada la amenaza del terrorismo que antes de aquella fecha⁶.

La confrontación con amenazas de este tipo eleva tendencialmente la propensión a errores en el diagnóstico y el pronóstico, y ello a causa de un círculo vicioso que se alimenta de tal situación. En este sentido explica Norbert Elías que una alta exposición a los peligros propios de un determinado proceso aumenta la emocionalidad de las reacciones humanas y como consecuencia disminuye las posibilidades para un juicio realista. Al no ser realista el juicio inicial que sobre tal proceso se emite –juicio que por tanto queda fuera de control–, tampoco puede serlo la práctica que del mismo se sigue. Pensamiento y acción se ven así una y otra vez guiados por una alta emocionalidad que intensifica la percepción del peligro, disminuye la capacidad de respuesta y vuelve a intensificar por tanto la percepción del peligro estableciéndose de este modo el círculo vicioso⁷.

B) *Sobre-distanciamiento*

Paradójicamente la exposición a una situación de amenaza conduce tanto a una pérdida de distancia como a un sobre-distanciamiento, que no es menos perjudicial que aquella para la objetividad del análisis y la calidad de la prognosis que con base en dicho análisis se elabore. El motivo reside en la calidad moral que le es atribuida al acontecimiento amenazante. Al fin y al cabo un ataque terrorista y el impacto de un meteorito se diferencian justamente en la desvalorización moral del primero como acto violento “particularmente aberrante”. Esto acarrea sus efectos hasta la definición, cuanto menos en lo atinente a la connotación del concepto: “El término terrorismo representa un concepto desprestigiado”⁸.

Es bien sabido que un comportamiento molesto, hostil e inmoral además de provocar una pérdida de distancia –lo cual es propio de todos aquellos casos en que existe afección emocional y que por tanto también en ocasión de catástrofes naturales aparece en las formas moralmente no valorativas de miedo, temor, pánico, etc. – provoca también un repudio afectivo adicional, que se manifiesta en el rechazo de todo tipo de empatía y de enfoques comprensivos, y que tiene así inmensa influencia en las formas del procedimiento científico. Influencia que se

⁶ Cfr. Bruce HOFFMAN, *Terrorismus. Der unerklärte Krieg. Neue Gefahren politischer Gewalt*, Frankfurt: Fischer, 2001, pp. 248-285.

⁷ Cfr. Norbert ELIAS, *Engagement und Distanzierung*, Frankfurt: Suhrkamp, 2003, p. 181.

⁸ HOFFMANN, *supra* nota 6, p. 13.

extiende lógicamente a los resultados del procedimiento científico y a la base de toda prognosis que se realice en referencia a este objeto.

El tema “terrorismo” podría ubicarse en un sitio especial por estas particularidades. Pues mientras casi todos los nuevos enfoques teóricos en la sociología (de Anthony Giddens, Norbert Elias y Jürgen Habermas pasando por los así llamados neofuncionalistas como Jeffrey Alexander y Richard Münch hasta el estructuralismo cultural de Bourdieu y la teoría sistémica de Luhmann) otorgan un lugar prominente al sentido subjetivo que los actores dan a su conducta (la que según terminología weberiana solo mediante ese otorgamiento de sentido puede ser considerada acción), los enfoques explicativos y los pronósticos que tienen que ver con conductas “aberrantes” tienden más bien a evitar la intelección del sentido.

David Matza parte incluso de una contraposición de tipos ideales entre una perspectiva propia de la sociología comprensiva por una parte y la perspectiva correccional (preventiva) interesada directamente en fines político-pragmáticos. La investigación de formas de conductas molestas, hostiles o que provocan repugnancia colabora en la mayoría de los casos en forma claramente intencional a la contención o eliminación de los riesgos, molestias o amenazas propias de esos comportamientos. Dicha situación se contrapone, por ejemplo, a la investigación acerca de la vida y la obra de personalidades ejemplares del ámbito religioso, político, científico o artístico, donde se procura comprensión y simpatía. Dicho de otro modo, la perspectiva correccional no se interesa –como sí lo hace la perspectiva comprensiva– en la reconstrucción de defintores de situación y estructuras de sentido subjetivas en sus distintos matices, sino en recolectar en la forma más directa posible los hechos relevantes referidos a un fenómeno determinado para de ese modo contribuir a su represión, impedimento o erradicación –según el viejo lema de Auguste Comte: “*savoir pour prévoir, prévoir pour prévenir*” (“saber para prevenir, prevenir para prevenir”). Si la investigación del terrorismo desde siempre estuvo de acuerdo con el “propósito de contribuir a la desaparición del fenómeno mediante su explicación” (Lindhardt), entonces ello es solo expresión de un viejo ideal, que sin embargo se manifiesta hoy en forma más clara e intensa que nunca.

Matza escribe sobre la perspectiva correccional como fuente de error:

“Una dificultad básica que ocasiona la perspectiva correccional es que interfiere sistemáticamente con la capacidad para simpatizar y comprender al sujeto investigado. [...] Sin apreciación y simpatía, podemos recoger hechos superficiales relativos al fenómeno y criticar las actividades conectadas con él, pero nunca lograremos comprender en profundidad el significado que tiene para los sujetos involucrados en ellos, ni su lugar en el contexto social más amplio.

[...] El punto de vista correccional obstaculiza la penetración del fenómeno desviado porque viene motivado por el propósito de librarse de él.”⁹

La tarea de comprender es a menudo asociada estrechamente con la comprensión y simpatía personales del observador hacia las acciones del observado. Por eso cuando los investigadores sociales superan profesionalmente la conciencia cotidiana y las representaciones corrientes relativas a los “marginados” y se esfuerzan por comprender según la perspectiva de esos mismos marginados –y de acuerdo a sus propias presiones y posibilidades, normas y valores– cómo se les plantea la realidad, dicho proceder es tomado a menudo –desde el punto de vista del resentimiento cotidiano y sus racionalizaciones– como deslealtad hacia la sociedad en general, y conduce a reproches tales como “romanticismo social”, “ingenuidad”, “idealismo” o “entusiasmo”.

Por esa vía se está tomando indudablemente un camino equivocado. Pues quien pretende estimar en forma realista cómo podría comportarse una persona en el futuro, debería cuanto menos esforzarse por entender las decisiones que esta persona ha tomado en el pasado. Pues mismo el enfermo mental capta antes de su conducta una predeterminada –es indistinto aquí el cómo– “definición de la situación” que estructura sus preferencias y expectativas de una forma específica (racional o irracional) y en la cual se basa entonces la selección de la acción concreta. Sin embargo también se desprende de ello, que la misma situación objetiva puede ser vista y definida en forma muy distinta por diferentes actores. Con la consecuencia de que diferentes actores puede reaccionar totalmente distinto ante la misma situación. Descubrir por qué el individuo X devino terrorista mientras su hermano Y llevó una vida no violenta y apolítica (una pregunta que evidentemente puede ser de mucha importancia para el empirismo de prognosis) no va a ser posible si no se acepta el hecho conocido en la sociología como “Teorema de Thomas”. Tal teorema afirma que en el momento de la acción solo son significativas las representaciones subjetivas del actor que se encuentran realmente actualizadas (si bien objetivamente quizás totalmente falsas), y que dicha acción tiene entonces también consecuencias reales, aún cuando la apreciación subjetiva no sea objetivamente acertada¹⁰.

El rechazo de la exigencia moral que representa el objeto de investigación también para el investigador lleva por tanto a un sobre-distanciamiento y, como acompañamiento, al favorecimiento de la perspectiva preventiva. Las acciones de los actores no son reconstruidas según la comprensión de su sentido, sino más bien explicadas causalmente –partiendo de factores que en todo caso tienen algo

⁹ David MATZA, *El proceso de desviación*. Traducido por Julio Carabaña. Madrid: Ediciones Taurus, 1981, pp. 26-27.

¹⁰ Cfr. Hartmut ESSER, Die Definition der Situation, en: KZfSS, Año 48, Heft 1, 1996, 1-34, aquí p. 3 ss.

en común: que no parecen exigir la investigación en detalle de las definiciones de situación de los actores.

El discurso empírico de prognosis del terrorismo se arriesga en estas condiciones, es decir, bajo la égide de la perspectiva preventiva, a la propia producción de desfiguraciones sistemáticas del análisis y con ello de la prognosis¹¹. Este discurso puede transformar en eje y centro de su pensamiento pronóstico a un *homunculus terrens*, a quien él mismo ha primeramente creado a partir de una mezcla de aversiones político-morales y de cómodas decisiones teórico-metodológicas previas.

C) Contaminación

Las causas de error probablemente más riesgosas surgen de la “contaminación” que sufren los principios de funcionamiento y los rasgos de calidad del conocimiento científico objetivo por parte de los otros –así llamados– subsistemas sociales, en especial el de la política. El conflicto terrorista es un conflicto de reconocimiento, o sea que involucra profundamente las cuestiones de legitimación de la dominación política y provoca por tanto por parte del Estado no solo simples medidas de persecución penal sino también un esfuerzo “intelectual-moral” para adoctrinar a la población de acuerdo a los fines estatales de autolegitimación. A este discurso “de arriba” sobre el terrorismo pertenece el interés en la merma de simpatizantes y el acento en todo aquello que hace aparecer las ideologías o acciones de los terroristas como carentes de credibilidad, de atractivo y de seriedad. Son las reglas de la cultura de lucha política, tal como valen también –mutatis mutandi– para el conflicto entre gobierno y oposición.

Los intereses de la lucha política contra el adversario se encuentran en pugna con los objetivos y criterios del conocimiento científico. Si la investigación científica del terrorismo no es excluida sino que se la entremezcla por ejemplo en las “relaciones públicas de la cuestión terrorismo”, entonces se puede pensar que ciertos fines e imágenes del discurso político al mismo tiempo se filtrarán en el discurso científico y lo influirán en forma conceptual, concepcional, teórica y, naturalmente, también en sus resultados. O dicho de otra forma: lo contaminarán político-ideológicamente y quedará moldeado de acuerdo al discurso legitimante de quienes se saben destinatarios de acciones terroristas.

¹¹ Cfr. SCHEERER, *supra* nota 3, p. 74 ss.

También esto es una causa de error obvia en el caso del terrorismo, ya que los límites entre política y ciencia se encuentran aquí expuestos a una dura prueba de resistencia¹².

El proceso a través del cual se alcanza el conocimiento científico necesita de una cierta distancia respecto de las emociones que bloquean la capacidad reflexiva así como de los intereses simplificadores y distorsionantes.

De lo contrario estaría otra vez desprotegido en manos del poder de los sentimientos colectivos, que se entrometen en cada forma de la vida social y de los cuales la autonomía científica había logrado con esfuerzo y durante siglos una relativa independencia. El negocio científico se haría entonces emocionalmente más satisfactorio y más útil como agente legitimador, pero infructuoso *in puncto* conocimiento. Es cierto que en cada sociedad vale –según Karl-Otto Hondrich¹³ el principio de preferencia. Se es permanentemente valorado y moralizado y por regla es lo propio preferido como confiable, mientras que lo otro, lo extraño es por el contrario examinado con recelo y, en principio, despreciado. Los correctivos modernos a este principio de preferencia, por ejemplo el precepto de tolerancia y la prohibición de discriminación plasmados en la Constitución, pero también en la ciencia la idea reguladora de que se debe actuar libre de juicios de valor, son manifestaciones excepcionales y por ello su existencia es siempre precaria, sujeta a modificaciones. Mientras más fuerte es la presión sobre los límites entre ciencia, moral y política, más fuertemente va a influenciar e impedir la moralidad del objeto la “selección de la explicación” del tema a ser explicado, como sucedía por ejemplo en tiempos anteriores a la Ilustración. La suspensión sectorial –y tan extremadamente útil para el dominio de la naturaleza por el hombre– del principio de preferencia en favor de los fines de un conocimiento más distanciado y ceñido a la realidad –sin el estorbo provocado por afectos e intereses– se encuentra todavía muy distante de la investigación, prognosis y control de las *man-made social catastrophies*.

C) Un método distinto

Las trampas y causas de error en la investigación empírica son numerosas y riesgosas. Quizás tantas y tan riesgosas, quizás borbotean las fuentes de error en forma tan inevitablemente intensa, que la diferencia entre formas y métodos de prognosis empíricos y no empíricos se nivelan. Quizás incluso en una comparación directa el pronóstico empírico sale perdiendo. Eso sería digno de investigación. Si

¹² Christian SCHWÄGERL, Forschung in Zeiten des Terrors, en el periódico *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 3 de marzo de 2005, p. 12.

¹³ Jörg LAU, Die Macht der kollektiven Gefühle, en el semanario *Die Zeit*, nro 3 de 2004 <http://zeus.zeit.de./text/2004/03/P-Hondrich> (visitado 10.09.2004).

bien la idea que sigue no está pensada como propuesta de alternativa, vale sin embargo como argumento contra una limitación a priori de las vías acostumbradas del pensamiento pronóstico.

La pregunta es si no se pueden obtener resultados útiles pasando por alto el empirismo del *paper-and-pencil*, v.gr. a través de la pura reflexión. Así como lo hizo por ejemplo el filósofo de Princeton Richard Gott, quien logró mediante este método una prognosis bastante acertada relativa a la durabilidad de las construcciones humanas. Su hipótesis (emparentada con el “principle of mediocrity” de Brandon Carters) decía:

“If we come upon some object or phenomenon, we are unlikely to be doing so very near the beginning of its life, nor very near its end. So it is a fair presumption that something that is already ancient will last for a long time in the future, and something that is of recent origin shouldn’t be expected to be so durable”¹⁴.

Al fin y al cabo él había estado en un viaje emprendido en el año 1970 tanto en el muro de Berlín (que en aquella época tenía 12 años) como en las pirámides (de más de 4000). Su hipótesis condujo a la (acertada) predicción, de que era altamente probable que las pirámides sobrevivieran aún el siglo XXI, mientras que una desaparición del muro de Berlín en un futuro cercano no sería ninguna sorpresa¹⁵.

En el supuesto que se aplicara este método a nuestro tema de estudio: ¿cuánto tiempo más le concedería Gott al terrorismo?

¹⁴ Sir Martin REES: Our Final Hour. A Scientist’s Warning: How terror, error, and environmental disaster threaten humankind’s future in this century – on earth and beyond, *New York: Basic Books*, 2003, p. 138.

¹⁵ Gott pudo asimismo aplicar con éxito su método de prognosis a las representaciones de Broadway. Luego de haber confeccionado una lista con todas las obras de teatro y musicales que se ofrecían en un día determinado (27 de mayo de 1993) y de haber averiguado cuánto tiempo llevaban ya en cartelera, dio un pronóstico acerca de qué obras de teatro y musicales serían las que permanecerían por más tiempo en cartel – y tuvo razón.